

De Prometeo a Dionisos

Matias David Rosembach



Capítulo 1

Matias Rosembach - Adelanto 1º Libro

Capítulo I : De Prometeo a Dionisos

La posmodernidad es un modelo cultural que inició en el último cuarto del Siglo XX, sucediendo al periodo de la modernidad que se había instaurado por casi 500 años. La cultura moderna se basaba en un protagonista: el hombre, dotado de razón, aquello que lo diferencia del resto de los seres vivos; sin embargo, igual en su condición racional al resto de los seres humanos. La posmodernidad, en cambio, se centra en la persona, buscando diferenciar cuánto más pueda a uno mismo del resto de los seres humanos, basándose en el principio de la identidad personal; pero al mismo tiempo, igualándolo más al resto de los seres vivos, reemplazando el uso de la razón por el instinto, el impulso por sobre lo premeditado. El diccionario define al posmodernismo como el movimiento sociocultural que se basa en el individualismo práctico y la ausencia de compromiso social.

Pero lo que verdaderamente se resalta en la posmodernidad no es el individuo, sino la persona; aquel individualismo de la modernidad se transforma en personalismo, y sí que son distintos. El individualismo, esa tendencia sociológica que confiere primacía al individuo sobre la colectividad, le otorgaba asimismo igualdad respecto a los otros individuos. Por el contrario, la posmodernidad pone el foco en la persona, en las particularidades propias de cada ser humano y, a partir de las similitudes entre personalidades, crea colectividades. Esto se traduce en el panorama de la igualdad. La igualdad de los individuos ante la ley se ve desplazada por la búsqueda de derechos especiales por parte de cada colectividad emergente en la posmodernidad. Y en una democracia participativa, ya no alcanza la participación de "representantes del pueblo", sino que se requieren representantes de cada colectividad y entonces se imponen cupos (de sexo, de género, de raza, de edad).

Aquella posesión invaluable de la razón, eso que nos diferenciaba del resto de los seres vivos y que definía nuestras conductas y decisiones, en estos tiempos empieza a mirarse con recelo. La posmodernidad la ha reemplazado por el deseo y con este cambio de instrumento se produce también un cambio de objetivo: el placer. A su vez, la posmodernidad nos sugiere que no hay pasado ni mañana, sino que todo es presente y que lo único que importa es el aquí y ahora. Esta pérdida de fe en la razón y en la ciencia y este hoy permanente que es la posmodernidad genera en la sociedad una búsqueda insaciable y urgente por cumplir deseo tras deseo.

Y es la posmodernidad el escenario perfecto para un nuevo capitalismo, ya no de producción, sino de consumo; y lo que consumimos ya no es sólo lo

palpable sino también –y en mucho mayor escala- lo audiovisual.

Poco importa el pasado, poco importa el futuro, poco importan las consecuencias si el objetivo es ser feliz. En un mundo donde todo es personalizable, los valores también lo son. En la posmodernidad, la moral universal deja paso a la ética personal, a la personalización del bien y del mal. «Si a vos te parece bien...», «si a vos te gusta...» Todo empujado por un aire de libertad; «tu libertad termina donde empieza la del otro», pero al otro ya no le importa lo que hagas. Y es en esta instancia donde esa tolerancia tan popularizada se confunde con la indiferencia y ya se hace difícil distinguirlas, si es que son diferentes.

Y si el bien y el mal son personalizables, también lo es la verdad. La verdad... en la posmodernidad hay tantas verdades como personas; en la posmodernidad, la verdad no existe, todo es perspectiva, todos tenemos nuestra verdad. Nada es singular en la posmodernidad, todo se pluraliza, la verdad es reemplazada por «las verdades». Cuando se encuentran dos verdades distintas, y como el conflicto está mal visto, se llega a un consenso (superficial, como todo) y se sigue adelante, al progreso. Es fundamental en esto el descrédito de todo conocimiento científico, las ciencias duras pierden validez universal y ocupan su lugar las humanidades.

Tantas verdades y tantas modas parecieran contradecirse todo el tiempo en la posmodernidad, sin embargo conviven de manera sorprendente. La pérdida de fe en la ciencia se contrarresta con un excesivo uso de tecnología para cada circunstancia de la vida cotidiana. El incentivo y la compulsión al consumo se mezclan con una ferviente defensa del medio ambiente y una revalorización de la naturaleza; claro está que la revalorización de la naturaleza puede moldearse cuando lo natural se contradiga a los deseos posmodernos. Lo natural se adapta, se personaliza, se resignifica, al igual que los grandes personajes históricos.

En la posmodernidad, ser ateo es sinónimo de suprema inteligencia. Sin embargo, se permite la adoración de la naturaleza, de la pachamama, y vienen como anillo al dedo las religiones animalistas y la astrología, dominar las energías es fundamental. Las culturas orientales encuentran su lugar en los hippies del Siglo XXI, esos que viajan en 0Km, hippies chetos. Mandalas, sahumerio y marihuana, buda y “che” Guevara, yoga y feng shui, celíacos por elección. Lo exótico es progre, lo progre es bueno, lo alternativo es la única alternativa. El veganismo es la nueva religión mundial, nada más cool que comer semillas, y la milanese es una herejía.

Mientras más personal es una sociedad, menos relación hay entre personas y la sociedad como tal deja de ser. La sociedad es individualista, la sociedad no existe.

Cuando cada uno hace lo que quiere, el deber se debilita y toma su lugar el poder. El empoderamiento es la moda, todo el mundo puede hacer lo que quiera, sin otra restricción que la que cada uno determine. Cada persona es su propio amo (o su propio esclavo). Todos somos rebeldes, y al ser igual de rebeldes, ya nadie es rebelde. Todos quieren ser distintos, pero a la vez complacer al resto de los distintos, todos buscando el «me gusta», el pulgar arriba de la mayoría. Buscando ser diferentes siguiendo la moda, se convierten en iguales.

Otro importante cambio entre estos modelos es el de la imagen por sobre la palabra. La palabra escrita, tan importante en la modernidad, ha dado paso a la imagen, al espectáculo, al factor emocional por sobre el intelectual. Por ende, la profundidad ya no es tan importante como lo superficial, y las formas de transmitir son más importantes que el mensaje en sí. Al momento de votar, ya no se votan partidos políticos, ni siquiera se votan políticos... se votan personas o, mejor dicho, personajes, slogans... estúpidos slogans. «Lo esencial es invisible a los ojos», pero «una imagen dice más que mil palabras». No existe aquello que no vemos, ni aquello que no escuchamos; si un hecho no es transmitido por medios de comunicación masivos, ¿realmente ocurrió? Si no le sacaste una foto a tu cena, ¿realmente cenaste? Sino publicaste en las redes sociales una foto de tus vacaciones, ¿realmente viajaste? No hay nada más aburrido que ver dos veces la misma imagen, y no hay nada peor que aburrirse en la posmodernidad. En la superficie es tan fácil aburrirse como deslizarse hacia otro entretenimiento. El teléfono nuevo que compré ayer, hoy ya es viejo; todo es obsoleto al poco tiempo, todo es descartable. El cambio es necesario, el cambio es urgente. Es preciso cambiar de look, de celular, de auto, de casa, de ciudad, de trabajo, de pareja, de dios, de sexo.